

Homilía pronunciada por el Emmo Sr. Cardenal Norberto Rivera Carrera
Arzobispo Primado de México en la Catedral Metropolitana
3° Domingo de Cuaresma y Día de la Familia



Saludo a los grupos presentes con motivo del Día de la Familia:

- Miembros del Consejo de la Comunicación
- Representantes de Movimientos y de Pastoral Familiar
- Escuela de Pastoral
- Unión de Voluntades

Cuaresma es un tiempo de conversión hacia Dios. Dios no pide que caminemos en el vacío, sino que nos deja un claro marco de referencia para que sepamos hacia dónde ir. Por eso, para el cristiano, convertirse no es simplemente cambiar de vida, convertirse es vivir en la orientación hacia Dios.

La conversión no es sólo un buen deseo, como quien se da cuenta de que debe mejorar y suspira deseando ese cambio. La conversión tiene que realizarse en las obras, en la verdad de la vida. De otro modo es una conversión falsa que, tarde o temprano, acaba por mostrar su lado de fracaso. Es lo que el evangelio de este domingo nos enseña con la parábola de la higuera.

La higuera es uno de los árboles más comunes en Israel, junto con el olivo. Entre los judíos era costumbre que las higueras se plantasen en los viñedos, para aprovechar mejor el terreno. La higuera era el símbolo de la comunidad de Israel que Dios había plantado en su mejor terreno, en su viñedo favorito. Por eso la higuera estaba llamada a la corresponsabilidad, es decir a dar fruto.

Sin embargo, la higuera no da fruto, por lo que lo justo sería cortarla. El señor de la viña aplica la justicia: Una comunidad sin fruto, no debe seguir, debe desaparecer. Otro personaje entra en el diálogo. Es el viñador que trabaja el campo, que le ha tomado cariño a la higuera. El viñador en esta parábola puede ser Cristo, hecho uno de nosotros y que nos cuida. Pero también el viñador puede ser Dios Padre. Como dice Jesús en el evangelio: Yo soy la vid verdadera y mi padre es el viñador.

En este caso, podríamos pensar que el evangelio nos propone dos rostros opuestos de Dios, el rostro de la justicia y el rostro de la misericordia. Pero no es así. Dios aplica la justicia, pero no lo hace sin utilizar la misericordia. La justicia de Dios nos permite descubrir las cosas que no están bien. La misericordia de Dios nos permite superar las cosas que no están bien. La justicia de Dios nos muestra que hay que dar fruto para no ser destruidos, la misericordia de Dios nos defiende, nos limpia, nos purifica, nos fortalece, para que podamos dar ese fruto.

La justicia y la misericordia nos muestran el verdadero rostro de Dios. El rostro que se manifiesta en la primera lectura, cuando se le revela a Moisés el nombre de Dios. Dios dice que EL ES EL QUE ES. Sobre este nombre de Dios, algunos dicen que es una afirmación metafísica, otros que es un rechazo a la pregunta de Moisés, otros dicen que Dios se muestra como un Dios cercano. Él es quien

siempre está cerca de nosotros. El nunca deja de estar cerca de nosotros.

La pregunta es si estamos siendo responsables ante tantos dones que Dios ha otorgado a nuestra vida. Así nos lo recuerda la segunda lectura, tomada de la carta de San Pablo a los Corintios, cuando, describiendo la peregrinación de nuestros padres por el desierto, señala que, a pesar de tantos dones recibidos, la mayoría de ellos desagradaron a Dios y murieron en el desierto, porque codiciaron el mal. La lectura termina con una advertencia, el que crea estar firme, tenga cuidado de no caer.

Nuestra sociedad no puede seguir indiferente ante los frutos malos, tenemos que cambiar. No podemos seguir confundiendo la libertad con el libertinaje. No podemos seguir llamando tolerancia a la indiferencia ante cualquier comportamiento, no podemos seguir pensando que somos mejores cuando cada uno hace lo que le da la gana, sin preocuparse por los derechos de los demás. El cambio tiene que comenzar por la familia. El cambio comienza con una familia que enseña que la libertad se vive con responsabilidad. El cambio comienza cuando en la familia se enseña que tolerar es respetar, sin dejar de llamar a las cosas por su nombre, que el mal es mal y el bien es bien. El cambio empieza cuando la familia enseña que a cada derecho, le corresponde antes una obligación. La familia, que debe ser responsable de la educación de sus hijos, para que la sociedad se desarrolle a la medida de la dignidad del ser humano.

Hoy celebramos **EL DOMINGO DE LA FAMILIA**. Muchas las actividades se llevan a cabo para dar valor y fortalecer a esta realidad. Este año, la celebración se enfoca en el papel que los padres tienen que desarrollar en la educación de los hijos, de modo particular en la educación académica de sus hijos. La Arquidiócesis de México se suma a esta excelente iniciativa para recordar que la familia, y en especial la familia cristiana, es responsable y educadora de personas íntegras. Los padres tienen la maravillosa tarea de hacer de cada uno de sus hijos una persona íntegra, alguien a quien se forma en su mente, en su psicología, en su afectividad, en su salud corporal, en su relación con la sociedad y en su relación con Dios.

Hoy día, los padres y madres de familia se ven rodeados de actividades, de angustias económicas, de problemas de la comunidad, de incertidumbre laboral, que les dificultan concentrarse en la tarea primordial de la educación de los hijos. No siempre les es posible estar tan presentes como quisieran, en la vida y en la educación de los hijos, que sienten el empuje de una sociedad de consumo que busca sembrar en su corazón el materialismo, el afán de gozar, el ansia de imponerse sobre los demás, sin importar el respeto a la dignidad de la persona humana y a los valores que vienen dados en la familia.

Por eso, tenemos que animar a los padres a que no dejen de lado esta responsabilidad, tenemos que sostenerlos, tenemos que ayudarlos, tenemos que capacitarlos, tenemos que ser solidarios con ellos.

No nos dejemos desanimar por el aparente triunfo del mal, de los antivalores, de la visión individualista de la familia, en una sociedad que deja de apoyar las verdaderas necesidades de los hogares, para perderse en las hojas que hacen menos humana nuestra sociedad, con modas y con

leyes, que van primero en contra de la vida, luego en contra del matrimonio, finalmente en contra de los derechos de los niños.

De este modo, la familia dará en nuestra sociedad el fruto que tiene que dar. Un fruto maravilloso, de personas valientes para dar testimonio de sus valores en una cultura frágil en fuerza moral para vivir el bien: el bien de la honestidad, el bien de la lucha contra la corrupción, el bien de la solidaridad, el bien de la fidelidad a la palabra dada, el bien de la preocupación por los problemas de los demás, el bien del respeto a la vida, el bien del respeto a los derechos y a la inocencia de los niños, el bien del apoyo solidario ante la miseria de quienes apenas sobreviven en una sociedad de opulencia, el bien de la búsqueda del interés de la familia, el bien del compromiso con las necesidades y reclamos de la sociedad.

En esta cuaresma, Cristo viene a uno de sus viñedos más queridos, que es el pueblo de México, y en este viñedo, busca en la higuera de nuestra sociedad, frutos. Abramos nuestros hogares a Cristo, abramos nuestras familias a Cristo.